

# UNA MIRADA CRÍTICA AL GÉNERO DEL ENSAYO

Inés Emilia Rodríguez Grajales \*

*“La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana...”*

## SÍNTESIS

El ensayo es uno de los géneros más complejos y exigentes a la hora de escribir un texto. Esa misma complejidad se ha prestado para que muchos autores asuman que no hay reglas ni convenciones que rijan su escritura. Lo que muestra este documento es que, a pesar de lo dicho anteriormente, hay unas formalidades dentro del género que permiten diferenciarlo de otros, como su estructura, y características tan importantes como la utilización de citas bibliográficas como requisito para apoyar las ideas expuestas y debatir con las de otros autores, cuidando del abuso de las mismas; y en tercer lugar, la subjetividad como la mayor parte constitutiva del texto, en donde el autor crea su propia visión de mundo.

**DESCRIPTORES:** Ensayo, Estructura de Textos Argumentativos, Argumentar, Fuentes Bibliográficas, Subjetividad.

## ABSTRACT

The essay is one of the most challenging and complex genres, when it comes to write a text. That way, it has turned out for many authors the assumption, that there isn't any an instruction or conventions that rule their writings. However, what this document shows is that in spite of what has been said before; there are some rulings into the gender that allow make a difference among them, such as structure and characterizations, which are as important as the using of bibliographical notes as a requirement for supporting presented ideas, and debating those ones from other authors, emphasizing on no-abusing their own ones, and for an ending, the subjectivity as major constitutive part of the text, where the author creates his own world vision.

**DESCRIPTORS:** Essay, Argumentative Text Structure, State, Bibliographical Sources, Subjectivity.

Muchas ideas se han expresado acerca de un género tan complejo desde que, en 1598, Michel de la Montaigne llamó por primera vez *Essais* a este tipo de texto. Muchas de esas ideas, especialmente a la hora de definirlo, resultan contradictorias, lo que equivale a decir que no hay una teoría “verdadera” sobre el género que permita encasillarlo, en especial desde la academia, bajo conceptos y normas rígidas. Sin em-

bargo, tampoco se puede decir que cualquier texto, publicado bajo este título, sea un ensayo puesto que, aunque resulte tan difícil precisar su forma, sí hay una estructura y unas características en las que concuerdan la mayoría de quienes no sólo han escrito excelentes ensayos, sino que además han reflexionado en torno al género, partiendo de lo que Montaigne y muchos otros grandes ensayistas, mostraron en las obras

\* Licenciada en Educación Español y Comunicación Audiovisual. Profesora Universidad Católica Popular del Risaralda. Dirección Autora: agnesrodri@hotmail.com

Recepción del Artículo: 15 de Agosto de 2006. Aceptación del Artículo por el Comité Editorial: 30 de Agosto de 2006.

1 YOURCENAR, Marguerite. Memorias de Adriano. Bogotá: Círculo de lectores, 1984 p 21



en las que hoy se basa la concepción de ensayo como tal, y que resumiendo sería: El ensayo es un texto a través del cual el autor hace una disertación sobre un tema cualquiera, expone sus ideas argumentando una determinada hipótesis, apoyado en lo que ya se conoce sobre dicho tema.

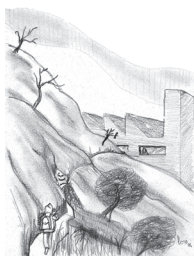
Ahora bien, el ensayo considerado como “un cajón de sastre donde entra todo lo que no tiene clasificación en otra parte” (Gómez de Baquero, citado por Peña Dix, 1999, p 119), es la tendencia que se observa hoy al abrir publicaciones académicas, científicas, de todo tipo, en donde quienes escriben pretenden etiquetar cualquier escrito bajo este género, olvidando que la escritura del mismo exige rigurosidad, conocimiento, sensatez, disciplina, un manejo adecuado del lenguaje y, sobre todo, un estilo sencillo, agudo pero ameno, que lo acerque al lector.

La complejidad de este tipo de texto ha dado pie para que, en muchos casos, se tergiverse la idea de ensayo y su uso se convierta en una herramienta de la que se “echa mano” cuando se pretende que alguien escriba y muestre en esa escritura que sabe sobre el tema; o cuando alguien escribe y pretende demostrar que sabe mucho sobre el tema. De ahí que se encuentren

textos que son sólo comentarios personales, puntos de vista, reflexiones, opiniones sin ningún tipo de argumentación, a los que se les llama “ensayos”, pervirtiendo así el género y llevando a que se generalice la idea de que cualquier texto en el que “yo opine”, es un ensayo. O peor aún, y parafraseando a Malebranche, un escrito en el que, por citar más autores de los que alguien pudiera leerse en la vida, ya puede llamarse ensayo (Citado por Zaid, 2003: p 20).

También es cierto que escribir en general, pero especialmente ensayos, es una tarea difícil, ardua, porque no sólo es un ejercicio intelectual, sino además porque implica colocar sobre el papel la relación que hay entre la visión de mundo del autor, su yo, y la visión de otros para apoyarla o refutarla. Así mismo, porque enfrentarse a la hoja en blanco (a la pantalla en blanco) asusta hasta al más experto de los escritores, pero especialmente porque la fragilidad misma del género impulsa a correr el riesgo de ser, o demasiado objetivos, o demasiado subjetivos, olvidando el equilibrio que debe existir entre estas dos dimensiones.

Como se enunció anteriormente, el primer acercamiento al tema gira en torno a la estructura del ensayo como texto argumentativo, el más



utilizado en la academia para invitar a los profesores y estudiantes a reflexionar sobre el conocimiento establecido, sobre la realidad circundante, o sobre problemas y situaciones del contexto.

Las partes de un ensayo están claramente definidas y no difieren mucho de las de otros tipos de texto: introducción, contenido, conclusiones. ¿Qué las diferencia? El tratamiento del tema. No es lo mismo hacer una introducción para un informe de lectura que para un ensayo. En la de éste último se pide que además de plantear la idea general del tema, expresada a través de ejemplos, anécdotas, conceptos, citas, etc., se incluya la hipótesis (que al desarrollarse se convierte en tesis) o planteamiento central del texto, la cual da paso a los argumentos seleccionados por el autor para definir su posición al respecto. Es preciso aclarar que de la claridad de la hipótesis depende la claridad de los argumentos expuestos. Cuando se logra concretar ésta, puede decirse que el ensayista ha ganado el cincuenta por ciento del difícil terreno de la escritura, porque lo que sigue es sustentar cada una de las partes, variables, de esa hipótesis. Y se habla de sustentar porque, a diferencia de la de un proyecto de investigación, la hipótesis de un ensayo no se demuestra desde el rigor y la ob-

jetividad científica. Como plantea Jairo Morales Henao, al reseñar el libro “El ensayo”, de uno de los ensayistas colombianos más lúcidos del momento, Jaime Alberto Vélez: “Las cualidades del ensayo se enfatizan por la oposición que presentan con las aspiraciones de objetividad, exhaustividad y verdad de otros géneros.” (1997: p 97).

La introducción, cuya extensión puede variar desde un párrafo hasta varias páginas, dependiendo de la extensión del ensayo, es el “gancho” que utiliza el autor para llamar la atención sobre el tema. Si es atractiva, sugestiva, interesante, se garantiza la lectura completa del texto, pero si por el contrario se presenta compleja, pesada a los ojos del lector, seguramente no pasará de las primeras líneas. Con relación a este aspecto, queda claro que no hay una, sino muchas maneras de empezar un ensayo, lo que se aprende leyendo buenos autores, en cualquier campo del conocimiento.

La segunda parte de la estructura del ensayo es el contenido o disertación, donde el autor desarrolla la hipótesis enunciada, organizando en orden jerárquico, según su peso, los argumentos necesarios para sustentar su posición. Aquí es donde se encuentra su aporte, su visión de mundo, la expresión de su yo parti-



cular, situado frente a una realidad constituida por lo que ya se ha dicho sobre el tema, acudiendo para ello a las citas, a las fuentes elegidas para apoyar las razones de su elección. Como diría Eduardo Gruner, “eso transformará al ensayo en una especie de autobiografía de lecturas: no tanto en el sentido de los libros de mi vida, sino más bien en el de los libros que han apartado al ensayista de su vida: que lo han hecho escribir, derramar sus lecturas sobre el mundo en lugar de atesorarlas en no sé qué interioridad incomunicable.” (Gruner, 1966, citado por Percia, 2001: p 11).

La expresión de Gruner sirve además para deducir que del conocimiento que se tenga sobre el tema depende en gran medida la calidad del texto. No se puede pretender escribir un ensayo medianamente bueno, cuando la lectura no ha hecho parte del proceso de su escritura, porque si bien es cierto que muchas de las ideas que se expresan allí surgen de la realidad del autor, también es cierto que si esas ideas no están apoyadas con una argumentación validada como conocimiento, se pierde la intención misma de lo que debe ser un buen ensayo.

La aproximación conceptual es, por lo tanto, evidente en el ensayo cuando quien escribe recurre a las citas, a la información o al conocimiento

establecido para dialogar con los autores y los textos, y son ellos quienes finalmente lo llevan a asumir la posición que defiende en el ensayo, quienes le dan argumentos para debatir las ideas y plantear su propia verdad: “La libertad para discurrir, la flexibilidad para conversar sobre cualquier asunto y convertirlo en algo agradable e interesante para el lector; el nivel de tratamiento del tema, que lo mantiene distante de la trivialidad y las concesiones a la ignorancia”, son recursos del ensayo utilizados por aquellos para quienes éste se convierte en uno de los más exigentes ejercicios intelectuales. (Morales Henao, 1997: p 97)

En esta parte estructural del ensayo es necesario tener en cuenta que todo lo que se afirme se debe sustentar, no se pueden lanzar ideas al aire sin justificación alguna, ni tampoco recurrir a citas que, en lugar de aclarar o apoyar una idea, lo que hagan es restarle coherencia a la exposición que venía haciendo el autor, alejándolo de la sustentación de la posición que asumió, perdiendo así mismo la oportunidad de adherir al lector a sus planteamientos.

Otro aspecto en el que es necesario hacer énfasis es en el empleo del lenguaje, clave a la hora de elaborar un ensayo. La ramplonería es tan chocante como la exhibición de tecni-



cismos y expresiones pedantes. Sin importar la disciplina, el medio por el cual se publique o la trascendencia del tema, la sencillez en el lenguaje debe caracterizar un buen ensayo: ni tan complejo que opaque la lucidez de los argumentos, ni tan simple que le reste peso a los mismos. El lenguaje es el que le da forma al estilo del autor, a través de él se expresa la forma de pensar y de sentir, la forma de asumir el conocimiento, de dialogar con él y con los autores, de interpretar la realidad, la condición y la historia humana, y el entendimiento del mundo. En él se debe encontrar a otro ser humano dispuesto a desnudar su pensamiento frente a otros que, si no lo entienden, por lo menos lo escuchan y están dispuestos a conversar con el texto. He ahí la importancia del uso de un lenguaje adecuado en el ensayo, en donde radica su construcción como un ejercicio intelectual, pero también como un placer estético.

La estructura plantea terminar con uno o varios párrafos conclusivos, para lo cual se debe acudir a la hipótesis planteada, como recomendación para no concluir una idea diferente a la propuesta. El autor cierra su argumentación resumiendo las ideas expuestas sobre el tema en cuestión, confirmando la validez de su hipótesis, teniendo en cuenta

que lo que hizo fue un acercamiento, sin pretender dejar por sentado que la suya es la última palabra sobre el tema, por el contrario, dejando abierta la discusión para otras posibles miradas.

Lo expuesto hasta aquí indica que uno de los principales objetivos del ensayo es convencer al lector de que lo que se dijo es válido, pero también, en caso contrario, busca provocar al lector, invitarlo a reflexionar, “moverle el piso” para que refute lo dicho o produzca nuevas miradas, nuevas formas de pensar y asumir la realidad, con lo cual se estaría estableciendo el diálogo entre el autor, el texto y el lector.

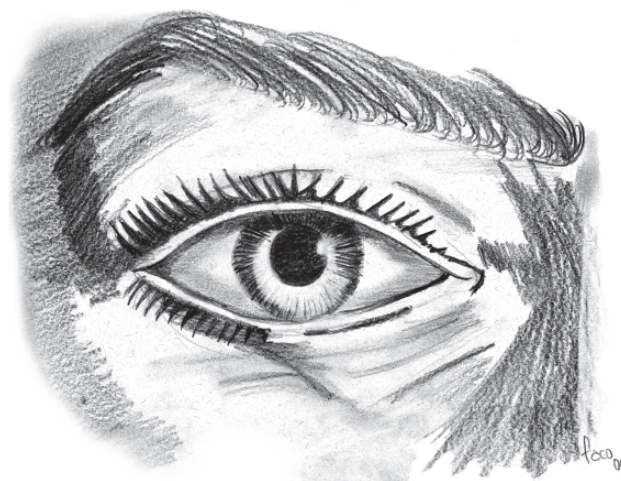
Desde otra perspectiva, el segundo aspecto de este texto hace referencia a las características específicas que debe conservar un buen ensayo, aclarando que, debido a la confusión que ello ha generado, en este caso se centran en dos muy importantes: las referencias bibliográficas expresadas a través de las citas, y la subjetividad como aporte personal del autor en la cual se encuentra la posibilidad de crear, de decir algo nuevo.

Dentro de las consideraciones iniciales de lo que es un ensayo, juegan un papel importante las fuentes utilizadas para su elaboración y la forma de citarlas. Nunca antes



como ahora viene a ser tan necesario llamar la atención sobre este asunto, cuando lo que se observa en la mayoría de los textos, publicados como “ensayos”, es un afán desmedido por mostrar que se sabe mucho sobre el tema, que se conocen grandes autores y, paradójicamente, que los que saben sobre el asunto son esos otros, no el autor del texto. “Séneca se lo escribe al discípulo que le pide máximas de filósofos, para memorizarlas: No te hacen falta. Ya es hora de que tú mismo digas cosas memorables.” (Séneca, citado por Zaid, 2003: p 19).

Dosificar las citas es característica de un gran ensayista, de aquel que sabe tanto sobre el tema, que ha sido capaz de hacer un ejercicio intelectual tan intenso, que se siente capaz de, a partir de lo que ya sabe, decir lo suyo, enfrentar su posición con el lector para invitarlo a debatir junto con él, el universo del conocimiento o de la simple realidad que lo rodea. Porque el ensayo no se concibió con la idea de repetir lo mismo, de resumir el pensamiento de uno o varios autores, o de apoyar lo que ellos dicen con comentarios o puntos de vista. Citar es evidenciar en el ensayo el diálogo que el autor ha realizado con la cultura: “Citar es asumir una tradición, tomar en cuenta los trabajos previos, estudiar lo explorado para enfren-



tarse a lo inexplorado y así llegar, con suerte, a lo nunca visto” (2003: 20). Con ello se diría entonces que la calidad del ensayo no se mide por el número de citas que contenga, sino más bien por la calidad y la pertinencia de ellas dentro del texto.

La Ley 1032 aprobada en junio del año en curso, es clara sobre la importancia de referenciar las fuentes citadas en un trabajo o publicación, como una forma de proteger la propiedad intelectual. También lo es cuando habla del exceso de citas en un texto, considerando este hecho como plagio puesto que el texto, con la abundancia de citas, ya no sería de quien lo publica, sino de quienes escribieron dichas citas. Un planteamiento interesante llevándolo al

caso del ensayo, teniendo en cuenta que dentro de él lo más importante es el aporte que se haga al tema, lo nuevo que pueda decir quien lo escribe, cosa que no se logra cuando lo que predomina son las ideas de otros.

Ernesto Sábato, citado por Jaime Alberto Vélez, dice que “una dosis amistosa de citas” es pertinente en el ensayo para no caer tampoco en la vanidad de quienes parecen tener sólo el interés de aparecer como eruditos” (2000: p 40). No es pues el afán de hacer evidente el compendio de lecturas posibles hechas para acercarse a la escritura del texto, es saber emplear con prudencia la información y adecuarla a la disertación para hacer de ella un diálogo entre quien escribe y quienes escribieron antes sobre las mismas ideas.

En la academia este aspecto adquiere especial importancia, si se tiene en cuenta que dentro de ella la rigurosidad, al escribir o al pedir que se escriba un ensayo, parte del compromiso que los actores de esta comunidad han adquirido con el conocimiento. Es decir, tanto profesores como estudiantes deben tener claridad acerca de que la producción de ensayos no es un acto fortuito, sino un proceso que implica esfuerzo, tiempo, primero para leer y luego para escribir fundamen-

tados en esas lecturas. Pretender crear un ensayo en dos horas, de un día para otro, así se tengan los conocimientos previos, es un acto de irresponsabilidad en el que se le conceden todos los créditos a la mediocridad. Allí sólo cabría la posibilidad de hacer lecturas apresuradas y rebuscar citas que se adecúen medianamente a los comentarios superficiales que, en estas circunstancias, podrían hacerse.

Un ensayo sin técnicas ni exigencias, tomado como punto de partida de la labor académica, sólo puede producir como resultado la repetición de errores. La razón es que su escritura consiste más en un efecto que en una causa. A él se llega como consecuencia de un desarrollo conciente de adquisición de conocimientos, de exposición y de debate del pensamiento; pero, sobre todo, de formación de un criterio propio (Vélez, 2000: p 69).

Consecuencia de lo anterior es la acumulación de citas, puesto que no hay oportunidad de producir ideas nuevas a partir de la reflexión profunda, y el afán en este caso es entonces mostrar que sí se leyó, que sí se sabe del tema, para obtener un reconocimiento académico o una nota. Desconfianza debe producir un texto construido así, si se tiene claro que el ensayo nació como tex-



to basado en la pasión por el conocimiento y, consecuentemente, en la pasión por la lectura.

Y es en este último aspecto donde realmente radica la calidad del ensayo, ya que no es posible escribirlo si antes no se conoce con profundidad el tema (aunque la intención no es agotarlo). Si lo que se pretende es asumir posiciones, es importante buscar información suficiente, contrastar con ella la visión personal y a partir de allí definir cuál es la argumentación que se va a emplear para sustentar las ideas. Aunque un ensayo puede elaborarse a partir de la lectura de un solo texto, es preferible tener varias alternativas que contribuyan a la claridad en la exposición de las ideas y a apoyarlas con referencias bibliográficas pertinentes.

Por eso, no importa la disciplina o el campo del conocimiento en el que se esté, la pasión por la lectura conduce a la búsqueda de esa información porque se quiere expresar algo al respecto, una visión de mundo, un modo de sentir y de pensar frente a esa realidad que preocupa y motiva la confrontación consigo mismo, con el conocimiento y con el otro, con el destinatario del texto. Esto no es posible si se hace a partir de citas innumerables porque, como se ha dicho, se veía a otro dentro del escrito, no al autor. Generalmente, las

lecturas que hacen las personas, las transforman interiormente, transformación es la que se muestra en el ensayo cuando quien escribe es capaz de decir desde su propia voz. Al respecto, Héctor Abad Faciolince dice:

El delicioso (pero al principio difícil) arte de la lectura, nos hace sentir y nos hace pensar, porque es capaz de sacarnos de nosotros mismos. Un individuo, una persona sola es casi siempre muy poca cosa. Gracias a los libros ponemos a prueba nuestra escasa experiencia del mundo y la confrontamos con la múltiple experiencia de grandes hombres y mujeres del pasado y del presente. De ahí esa gran capacidad transformadora que tiene la lectura. (2003: p 19).

Otra consideración en este sentido tiene que ver con la cita como prueba científica, como instrumento para corroborar la validez de los argumentos. Lejos de esta pretensión está su uso dentro de un ensayo, porque si éste es un intento, una forma de acercarse al conocimiento, no necesita pruebas que validen lo que se dice como si fuera una verdad absoluta. Nació como tanteo, como búsqueda para develar el conocimiento y la complejidad humana. “El ensayo, en su parentesco con el río, se refiere al curso de las ideas antes que al puer-





to de llegada, <...> Los grandes ensayistas convencen, casi siempre, por virtudes inapreciables que se relacionan más con el estilo o con el tono, que con la ortodoxia del raciocinio.” (2000: pp 39 – 40).

En otras palabras, el ensayo tiene que ver más con la subjetividad del autor que con la razón, entendida ésta desde el concepto de la modernidad en donde, para que algo tenga validez, necesita de la prueba científica que lo haga real y creíble. Aquí ningún buen ensayista debe pretender que su pensamiento se convierta en ley, que las posibilidades de discusión se agoten, la suya es una de tantas posibles miradas sobre la realidad, a partir de la cual se construye el intelecto, se aprende a argumentar posiciones y a ser tolerante con el otro que piensa diferente, que asume la vida de forma distinta.

Para finalizar esta reflexión en torno a la utilización de referentes bibliográficos dentro de un ensayo, vale la pena señalar que el “vicio” de las citas corresponde a una actitud posmoderna, donde se habla del concepto de intertextualidad, definida como la relación que se establece entre los diferentes textos para complementarse. En el campo de la ficción (literatura, cine, etc.), copiar ideas directa o indirectamente es válido en algunos casos, porque

entre muchos escritores se tiene la creencia de que existe una sola historia, y que lo que cada uno de ellos hace es variaciones en torno a la misma. De ahí las similitudes entre novelas, cuentos, películas..., donde lo que varía es la forma de contar. Pero en el ensayo el caso es otro, porque, como se ha venido diciendo, lo más importante de él es el aporte personal que se haga al tema. La intertextualidad no puede ser una excusa para citar sin control, pero sí son necesarias las citas como apoyo dentro del texto, sí es necesario relacionar la forma de pensar el mundo, desde cualquier disciplina, con los planteamientos personales en un ensayo.

Pasando a otro aspecto, la atención se centra ahora en la subjetividad como característica esencial del ensayo. Igualmente importante resulta dentro él lo que mostró desde sus inicios: la subjetividad del autor como una forma de explorar el conocimiento, de crear desde su perspectiva una nueva visión de éste y del mundo, cuando es producto de una reflexión inteligente sobre la cultura, la sociedad, la realidad lejana o presente, para decir que la razón de ser del ensayo es ella, porque a partir de la subjetividad es que el autor debate, transforma, crea. “El buen ensayista buscará una interpretación personal de las cosas, rehuendo hacer-



lo, naturalmente, desde la rigidez de todo marco teórico o doctrinario. Lo cual no postula, por supuesto, la ignorancia como la perspectiva ideal.” (Morales Henao, 1998: p 96).

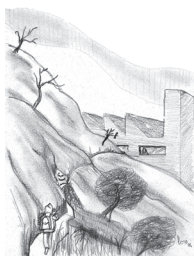
La importancia de la subjetividad, cuando el positivismo domina la ciencia y descalifica la visión de mundo como otra forma de conocimiento, es rescatada por el ensayo desde la postura de Montaigne, Voltaire, Bacon, De Quincey y tantos otros autores que hoy ven en ella la posibilidad de crear. La subjetividad vista, no como conjunto de ideas sueltas, de pensamientos superficiales, desordenados, pasionales, sino como una acumulación de experiencias individuales que transforman al individuo porque lo llevan a pensar sobre su posición en el universo, su razón de ser y de sentir, al lado de la razón de ser y de sentir de otros.

Vista así, la subjetividad en el ensayo se valora como ejercicio de la inteligencia que busca aprehender el conocimiento establecido para revalorarlo y aportar miradas nuevas sobre él, considerando que nada es absoluto, que tanto vale su visión como la del otro. No significa esto que en el ensayo pierda validez la ciencia, por el contrario, la adquiere desde el momento en que incita al individuo a contribuir en su construcción a partir del diálogo con los autores y los

textos, con la cultura. En este punto se encuentra el aporte de este tipo de texto a la discusión académica, puesto que se parte del conocimiento del mundo y del hombre para plantear nuevas formas de asumirlo. Y por esta razón también se dice que la intención de todo ensayo es crear, sin la pretensión de agotar el conocimiento, sino de renovarlo.

Cabría preguntarse aquí, ¿cuáles son los elementos que permiten identificar la subjetividad en el ensayo? Desde el momento mismo en que el autor dice “voy a escribir”, a crear un texto, se está hablando de ella, porque implica entonces la escogencia del tema, y cuando éste es asignado, es el que escribe quien escoge lo que va a decir sobre él. En este orden, después de seleccionar el tema se plantea la idea (mi idea) que se va a sustentar, y para hacerlo, es el autor quien identifica la información que le sirve como apoyo a esa idea. Todo lo anterior implica subjetividad, un acto intencionado de acuerdo con unos intereses particulares que conducen a la búsqueda personal de la información con la cual se identifica el tema, pero también el autor.

El contenido del ensayo se caracteriza por la reflexión permanente del autor, como acto de libertad individual para expresar su yo interior frente a una realidad que le inquieta y lo



obliga a tomar posición con argumentos que no salen de la nada, sino de su forma de asumir el conocimiento, el ser humano y el mundo. “No hay “consumación” o “acabamiento” de ninguna figura del yo en esta forma de hacerlo visible que es el ensayismo: posibilidad de observar el mundo desde diversos puntos de vista que nunca llegan a una esencia última...” (Cragolini, 2001: p 91). Pero no es la opinión suelta, el comentario superfluo o el punto de vista sin fundamento. Lo que va dentro de un ensayo es producto de un debate interior con las ideas, en el que se confronta el autor consigo mismo y con los otros, para después plasmar su verdad en la palabra escrita, como conocimiento inacabado, contingente, susceptible de ser reinventado por otro desde su subjetividad particular.

En la palabra del hombre que se escribe sobre la página en blanco está la fuerza de su interioridad como ser humano, ella crea el lenguaje con el cual “me digo” y con el cual se imprime el estilo al texto, de suerte que el estilo no se enseña, es inherente a cada autor, siendo otro elemento de expresión de la subjetividad en el ensayo. “El gran ensayo de todas las épocas posee la virtud de mostrar al hombre en un doble aspecto: en primer lugar, desde los distintos saberes a los cuales se hace referencia en este género; pero, sobre todo, desde su misma forma de ex-

presión, capaz, como ninguna de apresar la respiración, el pulso del pensador y las vicisitudes de su manera de pensar” (Vélez, 2000: p 27).

En consecuencia, el ensayo, en su acepción más amplia, tiene la propiedad de presentar ideas, conceptos, visiones de mundo no comprobadas, sin la pretensión de objetividad y exhaustividad que caracteriza al método científico. Lo que vale allí es el aporte personal al tema, y por ello la acumulación de citas atenta contra su esencia misma, pues se estaría dando mayor importancia a lo objetivo que a la subjetividad de quien escribe el texto.

Para concluir esta exposición y resumiendo los planteamientos anteriores, vale decir que la complejidad del ensayo se ha prestado para muchas interpretaciones erradas de lo que él es como género. “El ensayo ha sobrevivido a las modas artísticas e intelectuales, porque en todas las épocas ha mantenido un solo propósito: expresar el flujo natural del pensamiento. A pesar de los cambios, este género ha permanecido intacto, y permanecerá igual, sin duda, mientras la inteligencia conserve su nombre y la capacidad de razonar siga vigente” (2000: p 27).

Aún sin someterse a normas rígidas, el ensayo, por lógica, lleva implícita una estructura y dentro de ella, hay elementos que lo caracterizan y lo diferen-



cian de otro tipo de textos, más cercanos al análisis, al resumen o al tratado. Como se expresó en esta disertación, el lenguaje, el estilo, las referencias bibliográficas y la subjetividad, entre otros, son aspectos fun-

damentales que orientan la construcción del texto, si lo que se pretende es escribir un ensayo desde la concepción traída desde el Renacimiento hasta nuestros días, con Montaigne a la cabeza.

## BIBLIOGRAFÍA

ABAD FACIOLINCE, Héctor. (2003). Un libro abierto. En *La pasión de leer: frontera seductora entre el sueño y la vigilia*. Coordinador de la segunda edición: ESCOBAR MESA, Augusto. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

BLOOM, Harold. (2000). *Cómo leer y por qué*. Traducción de Marcelo Cohen. Bogotá: Edit. Norma.

CRAGNOLINI, Mónica B. (2001). *Escrituras de la subjetividad*. En *El ensayo como clínica de la subjetividad*. Compilador: Marcelo Percia. Buenos Aires: Lugar Editorial S.A.,

MORALES HENAO, Jairo. (1998) *Ensayo sobre el ensayo*. Reseña crítica al libro “El Ensayo”, de Jaime Alberto Vélez. En *Revista Universidad de Antioquia*, No. 253. Medellín: Imprenta Universidad de Antioquia.

PEÑA DIX, Beatriz. Los “otros escritos” de Héctor Rojas Herazo: el ensayo como reflexión sobre la condición humana. En: *Revista Litterae* No. 10. Dic. De 2001

VÉLEZ, Jaime Alberto. (2000). *El ensayo: entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus.

————— (1998). El más humano de los géneros. En *Revista El Malpensante* No. 8. Bogotá: Tecimpre S.A. pp 57-69

ZAID, Gabriel. (2003). El fetichismo de las citas. En *Revista El Malpensante* No. 46. Bogotá: Tecimpre S.A., pp 14-24

